



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

Lo haré por ti

Maria Estrella Marrero Castro



DIPLOMA 2019

Lo haré por ti

Maria Estrella Marrero Castro

Lo haré por ti

María Arias

Primavera 2019.

Espero que sea rápido, salir pronto de aquí e inventar un camino nuevo, siempre con la impresión de estar reinventándome, a veces con cansancio, otras con ilusión, y siempre mostrando al mundo una seguridad que tengo que construir de la nada, no permitirme que nadie pueda ver mi lado vulnerable, mostrarme siempre fuerte para no flaquear y seguir adelante y cuando aparecen las dudas, siempre en busca de señales, señales que siempre aparecen, me paso la vida buscándolas para poder tomar una decisión, supongo que si ahora mismo cerraran la administración por una caída de la red informática sería una señal de peso para volverme a casa y regresar el lunes a clase de Habilidades sin haber formulado la baja en la facultad, pero no, la decisión ya está tomada.

Al entrar en el *hall* de la universidad, pido mi número para administración y parece ser que la red informática funciona perfectamente, algo que, por supuesto, interpreto como una súper señal, si tenemos en cuenta los problemas que hemos tenido este año, de locos, poder tener conexión, así que me siento a esperar, intentando no sentir la tristeza, intentando no pensar en que voy a rendirme.

Las sillas están vacías, a estas alturas del curso no suele haber mucha gente y no puedo evitar echar la vista atrás, tres años exactamente, llegué con esa incredulidad de no poder creer que me había inscrito en Educación Primaria a mis 40 años, empezando esta andadura que ahora va a terminar, al menos por el momento.

Mientras estoy sumida en mis propios pensamientos, miro de reojo la pantalla digital de los números, hace rato que estoy esperando y no se mueve, está el número 13 y yo tengo el 14, suspiro, otra señal el número de mi cumpleaños, así que pienso que estoy en el camino correcto.

Me gusta esta facultad, como me hubiese gustado poder vivirla con 18 años, disfrutar de todas las oportunidades que nos brinda para construir la persona que seremos, como hubiese sido mi vida, la persona que entró hace tres años aquí ahora es distinta, es mejor, más sabia con las necesidades de los demás y con el arte de la empatía y el respeto, con los derechos de los niños y niñas, del alumnado, de las mujeres, de los ciudadanía, tantas luchas por hacer, tantos campos en los que prepararte, un futuro solidario y emprendedor, cargado de sueños, conocimientos, matemáticas, inglés, psicología, y tantos compañeros y compañeras, todos empezando a escribir sus propias líneas de su vida.

Un chico se sienta en la fila delantera, de repente el número de la pantalla se apaga, miro mi reloj, las 11.30, aún queda 30 minutos para al cierre, desde la silla miro a la consejería, pero no hay nadie, me levanto y le pregunto al chico que acaba de llegar.

— Perdona, ¿había alguien en conserjería ahora? ¿Te dieron número?

— No, mi número se me ha pasado, me tocó el 13, creo que según tu teoría de las señales se diría que se veía venir -me dice con una mueca que termina en una media sonrisa.

Por un momento quedo desconcertada por su respuesta, no sé si por su apreciación sobre mí, o porque al pobre le hubiese tocado el 13, me centro, alejo de mí ese pensamiento y le pregunto si nos conocemos, que dada mi mala memoria puede ser posible. Es un tipo extraño, difícil de adjudicarle una edad concreta. Al no recibir respuesta alguna, solo una corta sonrisa que me resulta dolorosamente familiar, intento no pensar en eso y le explico que antes de que llegara estaba el número 13 en la pantalla, que igual al no entrar nadie, las administrativas se habían ido a desayunar, pero que no tengo problema en que pase, cuando vuelvan a llamar, total ya no tengo prisa, a partir de ahora tendré todo el tiempo del mundo.

Él se vuelve hacia mí y, mientras su sonrisa se borra, me contesta:

— Alejandra, nadie tiene todo el tiempo del mundo, cada minuto alguien se encuentra su contador a cero, soy yo el que ya no tiene prisa porque ya no tengo tiempo que gastar. He venido para recordarte nuestra última conversación, no hay excusa que valga para vivir como si no fueras a morir.

Mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, por segunda vez, él se iba de mi lado sin poder hacer nada, solo volver a prometerle... lo haré por ti.

Verano 2015.

Llego tarde como siempre, pero sé que mi tío Esteban no me lo tiene en cuenta, siempre le parece poco el tiempo que pasa en el hospital. Al bajar del ascensor me lo encuentro frente a la máquina del café, ha envejecido muy rápido en estos últimos meses, nunca ha tirado la toalla, siempre fuerte, cómo no estarlo, cómo quejarnos si Marcos nos da una lección de vida cada día.

Saludo al tío Esteban con un beso y le invito a irse a casa, se le ve cansado.

— Ya me quedo yo, vete a descansar. ¿Qué tal ha pasado el día hoy?

— Le han subido la dosis de morfina, se quejaba mucho del dolor de cabeza. Ahora está más tranquilo.

— Bueno, así descansará. Nos vemos mañana.

Al entrar a la habitación, mi primo Marcos dormía, las cortinas estaban abiertas, no permitía que las cerráramos pues decía que no quería perderse ni un solo segundo del día, siempre que volvía al hospital lo ponían en una habitación con vistas al mar, decía que utilizaba su encanto natural para obtener las mejores vistas, nunca aclaró cuál era ese encanto.

Mi primo Marcos y yo nos llevábamos nueve meses. Aunque de niños vivíamos en ciudades diferentes, compartíamos todos los veranos en casa de la abuela.

Recuerdo esos veranos con todo lujo de detalles, las siestas obligadas de la abuela y cómo lográbamos escabullirnos y escapar a la calle, a pleno sol de las tres de la tarde a capturar saltamontes y escarabajos. Marcos siempre me obligaba a soltarlos, interpretándome lo doloroso que sería morir de asfixia, mientras se revolvía por el suelo, poniéndome caras raras, para luego sonreír cuando veía cómo abría la tapa del bote y dejaba salir a nuestros prisioneros.

— Eres la mejor, Alejandra, las hijas de Angelita tienen una caja llena de bichos muertos horribles, los encierran hasta que mueren, imagina tal agonía, quién nos dice que si son capaces de hacer eso con un animal qué no harán con todo lo demás. Yo nunca dejaría que nadie sufriera y sé que tú tampoco me dejarás sufrir, contigo puedo descansar tranquilo.

Esas palabras pronunciadas tantos años atrás, ahora sentada en la cama de esta habitación de hospital cobran sentido y me hacen volver cada día para asegurarme de salvarte de cualquier sufrimiento.

Dieciocho años han pasado ya desde aquel primer desmayo, tú lo llamas el día cero, aunque yo ya llevaba años esperándolo, buscando siempre una señal, siempre atenta. La abuela Pilar siempre nos llevaba a misa los domingos, ese año ya habíamos hecho la comunión y aunque tú eras más pequeño que yo, la abuela consiguió que la hiciéramos juntos, uno de esos domingos, al salir de misa, se nos acercó una gitana y se empeñó en leernos la mano, aunque sabía que la abuela detestaba todo aquello que no fuera una ciencia exacta, yo, divertida, le ofrecí la mano a la gitana, a lo cual ella respondió con toda clase de suertes posible, una vida larga, próspera, belleza, muchos hijos, fortuna..., a lo que la abuela contestó con una mueca de resignación e intentó tirar de nosotros, pero yo me resistí y ofrecí la mano de mi primo Marcos a la gitana.

— Ahora a él.

La gitana tomó la mano de Marcos y comenzó siguiendo su línea de la vida.

— Muchachito, tu vida será... -de repente la gitana enmudeció, se quedó pálida y se retiró de Marcos, marchándose sin mirar atrás.

La abuela me dio un pellizcón y de mis ojos brotaron dos lágrimas, no por el pellizcón, sino por la angustia que había sembrado en nuestras vidas. Marcos me abrazó y me dijo:

— No te preocupes, Alejandra, viviré al máximo y sé que tú me salvarás de morir asfixiado, que es lo que más miedo me da; y si no me da tiempo de hacer todo lo que quiero hacer, prométeme que lo harás por mí.

— ...

— Alejandra, prométemelo.

— ¿Hacer el qué? -Le grité.

— Todo aquello que no me dé tiempo: enamorarme, ser maestro, saltar en paracaídas...

— ¿Qué? ¿Saltar en paracaídas? -Volví a gritarle.

— ¡Alejandra! Prométemelo.

— Sí, lo haré por ti.

Ocho años después del día de la premonición de la gitana, “el día cero”, estábamos en la playa, era el 18 cumpleaños de Marcos y, como regalo, le había dado su ansiado salto en paracaídas, lo disfrutó al máximo y entre risas me dijo:

— Ya, si me muero, te has librado de saltar. Muy astuta...

Tenía razón. Llevaba ocho años con terribles pesadillas con un salto al vacío en el que los cinturones de los dos no se abrían y al final tenía que elegir entre salvar a Marcos o a mí, así que me quité un gran peso de encima, teniendo en cuenta mi miedo a las alturas.

Ya ambos nos habíamos enamorado, cada uno con diferente suerte, y ambos queríamos estudiar Educación Primaria, así que todo marchaba bien y el tiempo iba pasando.

Al regresar a casa, de repente Marcos cayó desplomado al suelo y su cuerpo comenzó a temblar sin parar. Horas después, cuando el personal médico me preguntaba por el tiempo de duración de lo que después supe que eran convulsiones, les diría que me pareció una eternidad. A partir de ahí, la temida palabra, la impronunciable: tumor cerebral; en este caso, para mí, la gitana, la premonición, el miedo...

Y al instante se pararon nuestras vidas. Marcos comenzó con la quimio y yo descubrí que estaba embarazada, otra vez la vida y la muerte, ambos nos

olvidamos de la facultad, de nuestros sueños y nos dedicamos a sobrevivir, a no rendirnos y a no dejarnos vencer.

A partir de ahí, la vida nos cambió, uno luchando por sobrevivir y yo intentando pagar una multa que creía que debía pagar, por un sentimiento de culpa que me obligaba solo a hacer aquello que me permitiera respirar y no la vida que habíamos imaginado.

Tres años después, tras meses de quimio y operaciones, Marcos no era ni sombra de lo que era: una parálisis lo mantenía impedido, sin poder andar, ni hablar y empezó un gran trabajo de rehabilitación, lo acompañaba siempre que podía y admiraba a mi primo con todas mis fuerzas. Cuando ya casi había recuperado la movilidad, podía andar, hablar y había recuperado todas sus funciones, el tumor empezó a crecer de nuevo y nuevamente la mesa de operaciones, el miedo a no salir de ella, los lloros, las promesas, y vuelta a empezar con las duras horas de rehabilitación, en esas largas horas de sacrificio Marcos me hacía prometer que no lo dejaría rendirse y que yo tampoco lo haría.

Pasarían otros cuatro años en recuperar otra vez algo de normalidad en su vida; a su vez, yo volvía a estar embarazada y fue entonces cuando una tarde Marcos me anuncio que había hecho la inscripción en la facultad, en Educación Primaria, que comenzaría el próximo curso. Habían pasado ocho años desde que le detectaron el tumor, tenía 26 años y sufría convulsiones, desmayos, su lenguaje no era del todo fluido y había un área del cerebro que había quedado dañada; así y todo, llegó a la universidad.

A partir de ahí, todo fue un regalo, cada día contaba, fueron años de cosas increíbles, de compañeros y compañeras que cargaban con la silla de ruedas y con él cuando estaba lloviendo, de adaptar una clase de educación física para que pudiera hacerla, de risas, muchas risas, al agradecimiento de todos y todas por poder vivir lo que él les enseñaba, de ver feliz a mi tío a pesar de pasarse seis horas esperándolo en la entrada de la facultad, esperándolo en los bancos sentado y haciéndose amigo de todos los estudiantes, lo llamaban Papá Esteban, pues lo llevaba a las 8 de la mañana y lo esperaba hasta la salida, ya en los últimos días en el hospital, era entrañable verlo abrazarse y llorar con todos esos jóvenes estudiantes.

Marcos no se orló oficialmente, pero sí recogió el día del acto de todos sus compañeros y compañeras un diploma oficial, concedido por la universidad y el consenso de todo el alumnado como premio a su valor, su constancia, alegría y trabajo, fueron todos y todas ataviados con una boina en honor a él, pues era su prenda característica para paliar su falta de pelo y además de ese diploma se llevó la ovación de todo el auditorio, que quedará para siempre en la memoria de todos los que allí estuvimos.

Luego han vuelto a pasar muchos años de altibajos, de operaciones otra vez y ahora ya sabemos que los días serán pocos.

— Marcos, te has despertado. ¿Mejor el dolor?

— Alejandra, sabes que estaba pensando en todo lo que he hecho en la vida y he vivido todo con tanta intensidad y alegría, sin preocuparme por las cosas pequeñas, que creo que al final los que tienen mala suerte en la vida son los que están sanos y viven como si no se fueran a morir nunca.

— ...

— Alejandra, prométeme que vivirás como si fuera yo, como si cada segundo contara y que volverás a terminar lo que yo no pude, que vas a conseguir ese título, esa orla y enseñar a todos esos niños y niñas que yo no podré tener en las aulas.

— Te lo prometo, lo haré por ti.

Marcos murió a las pocas horas y a los pocos días hice mi inscripción en la ULPGC. Han pasado tres años de mucho sacrificio, de mucho trabajo, hago el sobreesfuerzo con 43 años, una familia, dos hijos, un trabajo, de echar muchas horas, nadie me lo pone fácil y todos me preguntan no sé cómo lo haces, es verdad, nadie sabe de mi fuerza, ni motivación.

Estos meses han sido duros. Muchas trabas en el camino. Me he levantado y he decidido rendirme, pero eso nunca estuvo en sus planes. Mi pequeño saltamontes ha venido a mi rescate y a recordarme por qué estoy aquí, porque era su sueño dar clases, porque lo convirtió en el mío. Gracias... Lo haré por ti.

María Arias